

"La armonía entre los hombres no es obra espontánea de la naturaleza; para lograrla y mantenerla es indispensable nuestra acción consciente y voluntaria".

Errico Malatesta

SIMIENTE LIBERTARIA

ORGANO DEL GRUPO LIBERTARIO "ERRICO MALATESTA"

AÑO I — No. 10
JULIO 1960

Apartado 8130

CARACAS

Bs. 0,50

19 DE JULIO DE 1936

Han pasado 24 años. Mas siempre sentimos una profunda emoción al recordar esta fecha, grabada en suelo hispano y en la historia de las grandes epopeyas, con la sangre de todo un pueblo empeñado, terca y conscientemente, en la destrucción de la hidra fascista y totalitaria y en el alumbramiento de un nuevo sistema de vida basado en la solidaridad humana. Recordamos aquellos 32 meses de lucha heroica, de sacrificio y de esfuerzos inimaginables de la España antifascista y revolucionaria, cuya consigna "NO PASARAN" encerraba la firme resolución de sucumbir antes que doblegarse frente al alevoso ataque clerico - militar - fascista. Y de nuestra imaginación no se borra nunca la estampa de un pueblo sin armas —debido a la ceguera mental y el miedo al clamor popular del gobierno republicano— que a fuerza de coraje y de pasión libertaria, quebraba la sublevación cavernícola casi en tres cuartas partes de España. Ni podemos olvidar la vergonzosa pasividad, que

transformábase en complicidad indirecta con el fascismo de las grandes organizaciones obreras internacionales controladas por demócratas, socialistas y bolcheviques, sometidas lacayunamente a los designios de los respectivos partidos políticos y gobiernos, ninguno de los cuales tenía interés en el triunfo de la revolución española que iba tomando desarrollo y que, de llegar a feliz término, hubiera trastocado todos los falsos principios en los cuales está basada la actual sociedad, y hubiera dado un mentís rotundo a la teoría "comunista" de la necesidad de la dictadura... del proletariado. Porque el 19 de julio fué, además, el punto de partida de otro esfuerzo tan digno de admiración como la lucha cruenta que tanta sangre generosa ha costado. En pleno período de defensa el proletariado español daba inicio a una auténtica revolución y juzgaba que la guerra defensiva y ofensiva era inseparable de la transformación social y económica que habría de operarse sin la intervención direc-

ta o indirecta de ningún poder gubernamental y autoritario.

Ya no se trataba del acostumbrado "quitate tú para que me ponga yo" de los políticos. Era el inicio de la revolución verdadera. Sobre las cenizas de la barbarie coligada, en aquellos lugares en que íbamos venciendo, se empezaba la erección de un nuevo sistema de vida en consonancia con los principios igualitarios y libertarios, considerados utópicos por los amantes del poder y la dominación, y que sin embargo se corvían en hermosa realidad por obra y gracia de los trabajadores. Así nacieron los Comités de Control, los Consejos de Empresa, los Consejos Técnico-Administrativos, las Colectividades Campesinas y Obreras, las Empresas Colectivizadas y Socializadas mediante los Sindicatos y Federaciones de Industria, etc. Maravillosa experiencia truncada por la fuerza de los acontecimientos y el desenlace de la guerra, además de la enemiga feroz de todos los políticos blancos, rojos o amarillos, nacionales o foráneos, que no podían ver con agrado la demostración palpable de que era posible vivir una vida digna, humana y libre, sin estado y sin privilegios. De esa obra destructora fueron factores principales los bolcheviques convertidos en amos de los supremos mandos en el gobierno y en la guerra por los chantajes del Kremlin y la descendencia servil de los renegados y cobardes de toda laya incrustados en el poder, que dedicaron un cuerpo de ejército capitaneado por el bandido Lister a destruir las colectividades campesinas, en lugar de combatir el fascismo. A ellos menos que a ninguno le convenía ese "mal" ejemplo de los revolucionarios españoles. El concepto absolutista del estado todopoderoso "protector de la revolución" se hubiera venido al suelo y habría quedado al descubierto esa gran mentira que dura desde hace más de cuarenta años, y que, por desgracia, es aún capaz de embaucar a buena parte de la clase trabajadora.

Por eso apenas si se habla de ese gran acontecimiento. Una especie de conjura del silencio se ha tejido a su alrededor, primero porque los países denominados liberales, demócratas o socialistas por su actitud pasiva y funesta, no tienen de que estar orgullosos frente a la dignidad revolucionaria española y en segundo lugar porque no es prudente para los fines de la política, remover cosas que podrían dejar al descubierto quienes tuvieron complicidad, directa o indirecta, con el fascismo en la derrota de la causa antifascista y revolucionaria del pueblo español.

Pero nosotros ni olvidamos, ni dejaremos de hablar de lo que fué la guerra civil y la revolución que en España nacieron en la madrugada de un 19 de julio. Y ahora, a los 24 años de aquella jornada inicial, sigue reinando soberano, en la península que debería haber sido su tumba, el oprobioso sistema fascista en la persona del herede-

ro del Vaticano, de Hitler y de Mussolini: el felón y asesino, Francisco Franco. Con la aquiescencia, el reconocimiento y el apoyo de TODOS los gobiernos democráticos (honrosa excepción la de México), que además de ser muy obsequiosos con el tirano y sus acólitos, le rinden pleitesía como es el caso de Eisenhower, De Gaulle y Frondizi.

Y como siempre, en la rememoración de tan gloriosa fecha va implícito nuestro emocionado y perenne recuerdo para todos los que han caído en aquellos 32 me-

ses de lucha cruenta; para todos los que han sido sacrificados alevosamente hasta hoy por las hienas que gobiernan a España, para todos los perseguidos y encarcelados y para esos abnegados luchadores que se juegan a diario la libertad y la vida en la lucha clandestina contra la tiranía.

Ojalá no sea lejano el julio que con el día 19 podamos recordar la extirpación total del suelo hispano de la barbarie fascista-clerical-falangista-monárquica.

JUAN VERDE

LA BATALLA DE 1936 A TRAVES DE HISPANO-AMERICA

Jor JAVIER DE TORO

Para la inmensa mayoría de los pueblos de Hispanoamérica, la contienda española de 1936-1939, tuvo resonancias apoteósicas. En lo que respecta a los productores de riquezas, la batalla del antifascismo peninsular significó un nuevo giro seguro en la marcha de sus aspiraciones; una inyección suprema de esperanza en días mejores para un cercano porvenir. La virilidad de todo un pueblo en armas, haciendo frente al artero ataque de la reacción mundial, les daba motivos para creer firmemente en el triunfo de los parias en toda la Tierra, y el que más y el que menos, en esta parte hispana del Continente, estaba dispuesto a hacerse digno de la nueva ruta que se abría, y a obrar en consecuencia, una vez llegado el momento crucial de su propia reivindicación y personal defensa.

Es cierto, indiscutiblemente cierto, que hubieron reticencias e incomprensiones mil y no pequeñas. Los intereses creados de nuevo cuño, la división nefasta de la vieja y de la neopolítica, el alcance siniestro de ciertas concomitancias practicadas y las falsedades propaladas por todas partes, impidieron una labor efectiva y amalgamada, por parte de cuantos se interesaban en la lucha sostenida. La verdad es que una contundente acción solidaria con los revolucionarios españoles no la hubo jamás. Y ello fué debido, más que a ninguna otra cosa, al hecho de que los mismos problemas propios de intereses particulares internos, traspasaron las fronteras y cayeron como bombas de gases asfixiantes sobre todas las playas del nuevo Continente. Los mismos malintencionados elementos que en España se empeñaron tozadamente en arrimar el ascua a su sardina de tópicos encerrados en su personal línea política o sectaria, no se conformaron con limitarse a ejercer su presión puertas adentro, sino que con sus mismos 13, cargados de sus pesadas ruedas de molino que preconcebían la táctica de "quien no está conmi-go está contra mí", llegaron a es-

tas tierras y aún gastaron sus mejores energías en convencer a los trabajadores del brazo y del cerebro que los escuchaban, de que ellos solos y más nadie tenía la razón. Una razón absurda, por lo pequeña y turbia, pero razón al fin.

Todo ese sistema mixtificador de las esencias de la lucha española, dió sus frutos y creó cuerpo y consistencia; simbolizó una fuerza que pudiendo haber sido bien aprovechada y eficaz, se desintegraba y era causa de la división que poco a poco fué reduciendo en grupitos antagónicos a las multitudes encendidas de pasión, al extremo de que cuanto hacían y tocaban, quedaba nulo desde la partida. De esta manera se mantuvieron hasta el fin, y si más hubiese durado la resistencia en España, más y más se habría recrudecido este terrible mal, terminando por dar vida a una nueva versión americana de nuestros padecimientos, con los mismos defectos de intercepción fatal y de luchas intestinas que tuvieron allá. Llegó un momento en que la solidaridad moral y material con los antifascistas españoles, quedó tan quebrantada que se redujo a dos campos políticos contrarios, con sus correspondientes e infinitas modulaciones internas —como si en realidad se tratase de dos enemigos feroces—, pero que nada tenían que ver con lo que verdaderamente representa y es propio de corrientes vitales al servicio de una causa revolucionaria, en el sentido potencial que esta palabra encierra.

Gobiernistas "leales" —rojo, amarillo y morado—, y marxistas de todos los matices, se disputaban el control de las gentes ansiosas de una vida mejor a las que iban envenenando un poco más cada día que pasaba. Se llenaban las bocas de Negrín, de Lister y el Campesino, de Prieto, Martínez Barrio y Azaña, pero de las posiciones y realizaciones constructivas del pueblo en la lucha, poco o nada se ocupaban los encargados de (Pasa a la página 3).

semblanzas

del 19 de julio

Por CRISTOBAL D. OTERO

Juntas las fuerzas del espíritu y la capacidad de acción, se levantó en España la esperanza del mundo. Sobre cadáveres del pasado—monarquías anacrónicas, militarismos bárbaros, clerocracias cavernícolas, aristocracias de inversión física y moral, políticas arrojadas ante los manes de Maquiavelo—, avanzaban los adalides de la libertad.

Por fin, el hombre arrollando ergástulas, el amor al tope de toda actividad vital. En la inteligencia, en el corazón, en las manos decididas, el amor enfilando proas aceradas. ¡Hacia la felicidad del hombre universalmente considerado!

Corrieron hacia sus cubiles las alimañas de todos los colores; sucios de pánico los calzoncillos, clavado el espíritu en cruces vacías de Cristos manoseados por los comerciantes. Quedaba, solamente, aquel de Bembibre, pero sin la tristeza y la mansedumbre que lo salvó cuando el pueblo debió quemar la iglesia porque se juntaban en ella el cura, el cacique y la guardia civil, parapetados tras los altares, con los dedos en gatillos de ametralladoras. Aquel Cristo macilento, triste por los crímenes de "sus" ministros, arrojó la cruz, apretó los dientes y los puños y se puso al lado del pueblo que encendía luminarias de porvenir.

Estaba contento el mundo. Se recobraba, libre de dueños, el Hombre. Quijote levantaba sus dos manos repitiendo por cumbres, llanuras y barrancos, su célebre pregón fundamental:

¡Justicia, justicia, justicia!
Nuestra alegría corrió en cartas, artículos, libros, canciones, conferencias y bofetadas. También cantaron —por una vez—, las ametralladoras acorralando murciélagos, soplando candiles de crimen secular.

♦
Pero la hidra mantenía sangre en los nervios retorcidos y le llegó de allende fronteras sangre de refresco: Portugal, Inglaterra, Francia (que ya matara los tan cacareados *Derechos del Hombre*) Norteamérica (sucia de mentiras "democráticas"), se asociaron a Hitler y Mussolini; éste bendecido por el Papa y aquél, fabricante de una religión propia que le permitía bendecirse a sí mismo, después de cada orgía, con intervención de pederastas asesinos.

Cayeron las antorchas porque fueron destrozadas las manos que las portaban. Pero alguien las está encendiendo de nuevo, levantándolas, pues Quijote sigue diciendo aquel pregón y este otro asimismo fundamental:

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Montevideo, Uruguay.

EL CLAMOR DE LA VIEJA NUMANCIA

Verdad es que para los anarcocenetistas de la "España leal", todo estaba momentánea, pero irremediamente perdido. Agonizaba el mes de enero de 1939, y, tanto en la Casa C. N. T. - F. A. I. de Barcelona, como en todas partes, se tenía un doloroso conocimiento de los más tristes hechos de la guerra civil: la confabulación intestina de los políticos, jefazos y representantes republicano-marxistas para "ganar la guerra" y... NO hacer la revolución después; el nefando atropello de los tanques de Stalin, contra las colectividades de Aragón; el desgraciado desenlace de la "semana trágica" de 1937, punto álgido en defensa de las conquistas revolucionarias, pulverizado a los indescriptibles ladridos de: "¡Alto el fuego!"; la militarización de las milicias; la colaboración político-estatal; las traiciones; las perfidias; los Campos de Concentración garcía-oliveristas, donde pudrieron su existencia centenares de nuestros mejores militantes; la muerte —¿asesinato?— de Durruti en Madrid; el exterminio despiadado, por los bolcheviques, de las fuerzas amigas del P. O. U. M., con el consentimiento de todos los sectores "republicanos" a espaldas del pueblo revolucionario... Y muchas otras obscenidades de carácter reaccionario, públicamente conocidas,

aparte la siniestra acción, cobarde y solapada, de aquellos gobernantes que para su tormento nuestro pueblo debió sufrir durante toda la contienda, y que el tiempo que no perdona nos va descubriendo poco a poco. Con todos aquellos repugnantes condimentos se había cocinado el plato de la "moral revolucionaria" que alimentaba el espíritu de quienes ahora se enfrentaban con la peor de todas las alternativas: ¡la derrota! Las especies que por último servían de aliño a tan amargo menaje, eran las siguientes: los hijos de Lenin que habían retirado sus batallones del frente de Aragón, realizaban sus posteriores embarques de lingotes de oro con destino a Moscú; las huestes de don Inda, ponían a buen recaudo el botín conquistado en la "operación Vita", para que "no todo se perdiera"; y el famosísimo Dr. Negrín, aullaba y bailaba, desde Figueras, su hipócrita rock and roll: "¡Resistir, resistir, resistir!", mientras se revolvió sediento y avaro entre los millones oro que llevaba como prueba de fidelidad y gran presente a sus nuevos señores de la banca y el gobierno inglés. (Gran parte de este oro de Negrín fué devuelto más tarde a Franco, supremo aliado de los intereses guerreristas del occidentalismo "democrático" y ramplón);

Por
Libex Tárrida

y los requetés del Fascio, avanzaban ya, en formación triunfal, hacia la Plaza de España... Para aquel gran puñado de bravos revolucionarios y anarquistas reunidos en la Casa C. N. T. - F. A. I., ninguna de aquellas puñaladas traperas pesaba demasiado en la balanza de la duda: ¡a pesar de todo, llevaban en lo más profundo de sus naturalezas la raigambre ibérica, y sentían la necesidad de apurar un último gesto, lógico y trágico a la vez, capaz de igualarse al de tantos como constan en los anales del pueblo peninsular: ¿Por qué no hacer de Barcelona una nueva Numancia? —"¡Compañeros! ¡Nuestro deber es morir de pie, antes que vivir de rodillas!" —afirmaban, enardecidas, las voces de la inmensa mayoría reunida. Todos estaban, pues, decididos a defender a Barcelona hasta la última gota de sangre o el postrer aliento de sus vidas. ¿Que la muerte sería inevitable? Bien: ¿pero no lo era la entrega viviente en los brazos del odio de los genera-

les traidores al servicio de los negros designios nacionales y extranjeros? No cabía la menor duda sobre el giro que tomarían los acontecimientos en la ciudad condal. Mínimas eran, por supuesto, las posibilidades de defensa, dado que los "morados" y los "rojos" estaban ya lejos de allí, entregados de lleno a la "evacuación" de los mejores bagajes bélicos. Pero, ¿qué importaba todo aquello, frente a la sangre generosa de los hombres y mujeres de la C. N. T. y la F. A. I.? ¿Cuándo fueron optimistas sus materiales medios de acción? ¿Y a quién le está permitido pensar en victorias o en derrotas a la hora de la verdad? La aviación franquista —aleaciones metálicas gobernadas por monstruos extranjeros—, convertían en escombros la ciudad. Era aquel un crescendo que minuto a minuto se tornaba más "allegro". Cada minuto que transcurría significaba un siglo de historia revivida... Por segunda vez Numancia ardía por los cuatro costados. Pero de pronto... ¿Qué sucedía? ¿Qué mala nueva portaban los agoreros? ¿Qué extraña y deshonrosa voz milenaria hacía escuchar sus bajas modulaciones contrarias al verdadero latir de los corazones ibéricos? ¿Qué rara "inteligencia práctica" tenía la virtud de debilitar las defensas morales de aquellos resucitados numantinos? —"Es una locura lo que pretendéis hacer, compañeros. No está todo perdido —argumentaban las cascadas voces de los agoreros—. En la frontera se nos darán armas y municiones. Retornaremos victoriosos... Es una locura... es una locura... es una locura... ¡Vamos, pronto, a evacuar, compañeros, hacia la frontera! Allí nos esperan las armas. Ahora no es como antaño. Ahora se impone la "inteligente" estrategia de la guerra moderna. ¡A la frontera, a la frontera, donde nos esperan la victoria y las armas!". ¿Qué poder monstruoso el de la mentira dicha a tiempo, sobre todo si su rostro se presenta oculto tras la fachada del "practicismo" y la entrega cobarde! Sin muta-

ción perceptible, los mismos que ya se dirigían a ocupar sus puestos en los gloriosos reductos de la capital catalana, se movieron en sentido inverso, rumbo a las intervenidas e inciertas salidas que conducían a Francia. Y los regimientos del Fascio, continuaron, por esa causa, avanzando en formación marcial y ocupando posiciones sin ninguna novedad, soberbias y espeluznantes, llevando en sus bárbaros instintos el hambre y la sed de sangre y exterminio! ¡MAS DE UN MILLON DE VICTIMAS INOCENTES que se cobrarían sin cesar en toda la España vencida, temblaban en las canibalescas pupilas de aquellos robots fascistas! Mientras tanto, desde la lejanía secular, la vieja Numancia se condolía rabiosa, viendo cómo la MENTIRA podía más que su ejemplo imborrable y tenía más fuerza que todas las virtudes olvidadas en el baúl del tiempo. Una nueva virilidad autóctona debería ser marcada a fuego, en los linderos de Iberia, pero no sería ya esta vez cuando el rayo genetal descendiese a calcinar los impulsos liberadores del anarquismo peninsular. Una nueva ocasión, con todos los dolores del parto, debía permanecer latente y anhelada. En la frontera no habían armas: sólo encontramos "negrines" fuchendosos que seguían propalando, en silencio, los amortiguados acordes del himno resistencial. Y elegantes pachás, salidos de los bajos fondos populares, que se rascaban sus poderosas barrigas, caminando del brazo de sus parientes políticos del otro lado de las pirenaicas cumbres, los cuales nos recibieron con los abiertos —pero alambrados con púas— de los acogedores Campos de Concentración franceses, los mismos que un escritor exilado español —Fernando Valera—, al parecer con un elevado concepto de pulcritud política, pero desconcertante en grado sumo, acaba de señalar, en el "Suplemento Literario de Solidaridad Obrera", de París, como "lugares desapacibles de refugio, organizados por un sentimiento insuficiente de la solidaridad humana". —"¡ALE, ALE, RECULE...!"

EN 1936, LA UNIDAD NOS CONDUJO A LA DERROTA

Por BERNARDO PEREZ

Durante los primeros meses de la lucha, fuimos únicos, esto es, los únicos que de verdad y con todas nuestras voluntaristas fuerzas le hicimos frente a las hordas del fascismo internacional, desencadenadas sobre territorio peninsular. Vencimos en todas las batallas, tomamos los cuarteles, las armerías, los conventos, las iglesias y todos los centros de refugio, desde donde el enemigo nos atacaba a sangre y fuego, con sadismo sin igual. Y todas estas victorias indiscutibles fueron debidas a que los que luchábamos no perseguíamos otra paga que conquistar nuestra libertad y salvaguardar al mundo del artero y siniestro ataque de aquellos caníbales que trataban de expandirse desde detrás de los Pirineos. Todo marchaba bien y con hombres, mujeres y hasta ancianos y niños de aquel temple, que nada pedían a cambio de su sacrificio —ni prebendas ministeriales ni diputaciones, ni concejalías, ni vivir sin trabajar, sino todo lo contrario—, no era posible temer el triunfo del enemigo secular. Esta brillante situación se alargó, con sus más y sus menos, hasta mayo de 1937. Pero, mientras tanto, desde sus ocultas guaridas de retaguardia, unos pocos elementos de todos los colores políticos, autoritarios y fascistas, contemplaban miedosos el avance inigualable de los hombres y mujeres anarquistas. Lo contemplaban con horror al trabajo, al sacrificio y a tener que desprenderse de sus ambiciones de mando, en el caso, ya por entonces seguro, de que aquellos valientes y desinteresados héroes antiautoritarios, llevaran su avance hasta más allá de Zaragoza, enlazaran con los dinamiteros de Asturias, y le cortaran las siete cabezas a la hidra de Lerna. La consigna había sido recibida desde las primeras horas, lanzada desde Moscú y desde el momento

en que la recibieron aquellos pocos "rojos" dispuestos a todas las alevosías, la lanzaron a los cuatro vientos de la victoria. Muy pronto recibieron la debida acogida entre las huestes autoritarias que se denominaban de cualquier manera con tal de no perder la posibilidad de seguir mangoneando y tirando "tiros a las barrigas". Jamás se ha comprobado mayor cinismo que el demostrado por aquellos especialistas de la traición, en aras de sus conveniencias de todo tipo y color. —"¡Unidad, unidad, unidad!", gritaban los pagados con los rublos del sanguinarismo kremlinista. —"¡Unidad, unidad, unidad!", respondían los jefazos socialistas, republicanos, quintacolumnistas, semifascistas negros o blancos, etc., etc. Todos a una no sabían otra consigna por aquellos tiempos. Y la repetían como disco rayado hasta el cansancio. "¡Sin unidad fracasaremos!", agregaban. Y tenían razón. Porque la famosa unidad era la base de todas sus traiciones y de todas sus conquistas de odio y de derrota. Entretanto, nosotros, metidos en las trincheras con el agua al cuello, pero triunfantes por todos los caminos de España, demostrábamos un equivocado desprecio olímpico hacia aquellos pequeños truhanes de la retaguardia. Equivocado decimos, porque, como bien dijo una vez Durruti, deberíamos haber bajado a Barcelona y a todas las ciudades nuestras para fusilarlos y purificar el ambiente que dejábamos liberado a la disposición de los tráfugas. Y estamos convencidos de que al morir asesinado por la espalda, en Madrid, Durruti no dejaría de meditar y lamentarse de no haber puesto en práctica su lúcida intención, pues ello fué, precisamente, lo que le costó la vida, ya que no murió a manos del militarismo "cruzado", sino que a causa de las sicarias

balas de todos aquellos mandrienes siniestros. Y la caldera chillona de la "unidad" fué subiendo de grado cada día, hasta que de pronto...: unos tanques venidos desde Moscú y manejados por uno de sus satélites —Lister—, entraron a saco sobre las originales Colectividades campesinas de Aragón; y no se conformaron con ésto, los promotores de la "unidad", sino que en mayo de 1937, pretendieron y casi lograron apoderarse de todas las conquistas anárquicas que tantos ríos de sangre y heroísmo habían costado a nuestro movimiento. Finalmente, a los mismos gritos, ya sarcásticos, de la mil veces odiosa "unidad", los regimientos que poco a poco fueron acaparando a costa de los esfuerzos ajenos, aquellos bolcheviques, en plena concomitancia con los negrines, azañas y tales por cuales que dejamos entre las teclas de la máquina, terminaron por abandonar los frentes a finales de 1938, por la sencilla "razón" ocasional tan conocida y ordenada por la Internacional Roja: "LO QUE NO ESTE UNIDO A NOSOTROS, NI PODAMOS DOMINAR COMPLETAMENTE, HAY QUE DESTRUIRLO". Y nos destruyeron, nos derrotaron, nos entregaron maniatados en las negras fauces del franquismo. Después quedó para muchos... ALICANTE. Para otros muchos... LOS CAMPOS DE CONCENTRACION FRANCESES Y ALEMANES. Para todos, también muy numerosos... EL GARROTE VIL DE LOS SADCOS SAYONES DEL FASCIO PENINSULAR. Por ésto es que la unidad es una palabra que nos cae malísimamente a los que nos batimos en los frentes y pudimos escapar tan sólo con mayores o menores rasguños de sus zarpas. PORQUE LOS MUERTOS, ¡esos no pueden opinar!

Vaso de Sangre Juliana

Por COSME PAULES

¡Ay, Federico, ay de tí!
Haz que tu lira se inflame,
porque los Guardias Civiles,
te empujan por sobre el aire;
entre las sombras nocturnas
sus gatillos se contraen,
y con disparos de odio,
te beben toda la sangre.

¡Ay, miliciana anarquista
de fino seno ondulante
que incendiaste los amores
del odio a los generales!
La que en aquellos momentos
para la Historia, cruciales,
ofreciste en tus pezones
las esencias inmortales.

Si Miguel Angel y Goya,
el gran Murillo y Velázquez,
Homero el cantor, Virgilio,
Beethoven y el viejo Dante,
resucitaran un día,
para las glorias del Arte,
en vosotros fijarían,
sus miradas fascinantes.

Es aquel Julio glorioso,
el de las antigüedades;

y en toda España, la muerte,
se filtra por los hogares,
mientras espigas quemadas,
por fieros rayos solares,
nos parapetan el campo
de fajinas medievales.

Los escorpiones del Fascio,
nos han invadido el valle
y el silbido de las balas,
ha silenciado hasta el aire.

Con el idioma que hablan
ese mortero cobarde,
esa estruendosa metralla,
y aquel obús espantable,
se han apagado las voces
de las flores en el valle:
sólo se queda, latente,
el clamor de nuestras madres.

Ya cayó su compañero,
su hermano y también su padre;
sola se queda en la escena
de tan sangriento combate,
la fiel silueta florida
de la ibérica raigambre:
¡jella es la moza del pueblo
y es la sal, entre las sales!

No hemos podido explicarnos jamás el por qué de tanto miedo a la verdad, cuando nosotros nos til damos de ser tan amantes de ella. Me refiero a la verdad sobre fallas ocurridas en nuestro andar por los senderos de las actividades propagandísticas y realizadoras.

Si no sabemos hallar los defectos de nuestras actividades, ¿cómo será posible acertar en un futuro cercano? Aclaremos.

Durante nuestro 1936 hicimos cosas muy grandes. Admirables. Dignas de ejemplar imitación: rompimos la crisma a los fascistas. De la nada creamos un emporio de riqueza y los artefactos suficientes para, de momento, hacer frente a las necesidades de defensa de la revolución a que nos habían conducido los fascistas por su mala cabeza.

En el desarrollo de nuestro movimiento, tuvimos grandiosas dificultades. Los medios económicos, escasos, de nada nos servían en los países vecinos, con los que nos habíamos de agenciar elementos de defensa y vituallas para la población civil. No hace falta enumerar los esfuerzos inauditos que hubimos de realizar para hacer frente a todos los inconvenientes de una impreparación revolucionaria, pese a la gimnasia a que el proletariado se había habituado desde años.

Todo ello está bien. Perfectamente bien. Pero hay algo que no queremos ni debemos silenciar, para que ciertas importantes fallas no ocurran de nuevo, si el caso llega. Hagamos, empero, y de antemano, una declaración: al convertirse nuestra revolución en guerra, los revolucionarios cayeron en falla.

Y bien; sabido es que una cantidad enorme de compañeros, cuya edad no pasaba de los 50, fueron excluidos de las actividades para las cuales se precisaba cierta experiencia y conocimiento de la mecánica sindical. Sabido es que la audacia triunfó por encima de la prudencia. Ello, es cierto. Evidente. Indiscutible. Con lo cual hubimos de presenciar el hecho de ser invadidos, de una manera inexplicable, los lugares en los cuales los hombres probados de la C.N.T. y del anarquismo podían ser una garantía para la recta orientación de un movimiento de la envergadura, que, pese a la conversión de la revolución en guerra, había tomado la subversión de todos los valores sociales, políticos y económicos del país.

Los puestos de los sindicatos, en general, fueron mantenidos con cierta seguridad. Los cargos auxi-

SINCERIDAD,

CLARIDAD

Y

FRANQUEZA

Por
H. Plaza

liares en comités y comisiones subalternas o adjuntas, no fueron provistos enteramente por los centenares de compañeros que tuvieron que pasarse durante todo el movimiento contemplando las caras nuevas que habían invadido los organismos; que habíamos convertido en oficinas funcionales de un semi-estado, y en las cuales, cuando un viejo militante se acercaba, no conocía a nadie.

Un día, nos dice un humorista de los que, como ejemplar raro, crean las circunstancias, tuvimos necesidad de acercarnos a la Casa Confederal y sentimos algo así como escalofríos. En la casa de la C.N.T. las cosas funcionaban con tal gravedad y con ritmo tan parecido al régimen estatal, que nos sentimos trasladados a terrenos desconocidos. Era unos meses después de la semana de mayo de 1937. Las caras de los pocos conocidos, eran caras de "pocos amigos". Uno de los raros ejemplares de militante conocido, acercándose a nuestro oído, nos espetó esta frase: "¿Tú tampoco te has colocado?". Nuestra respuesta no tardó, negativa. Avanzando, nos dimos de cara con el amigo Bernardo Pou, y a renglón seguido con la compañera y buena amiga Kilarina. En el rellano, quedamos

los tres parados y cada uno con un gesto interrogante, raramente expresivo. Por fin, recordando cada uno que no podía haberse mellado el filo de nuestras inquietudes y de nuestra clara interpretación del momento, el panorama que contemplamos, nos sonreímos a la vez y nos abrazamos. Nos habíamos interpretado mutuamente.

Aquello no podía ser lo que todos nosotros habíamos soñado. Al rato vimos rozar nuestras personas a un alto personaje confederal que, siendo muy amigos antes del estallido, apenas nos saludó. Otro amigo, cuya perspicacia y buen humor habían sido característica relevante en su relación entre compañeros, nos espetó esta frase:

"Queridos amigos, esta vez las que van a ganar la revolución van a ser las mecanógrafas y sus valedores". Otro amigo, buen militante anarquista, se paró para abrazarnos y lamentarse con estas palabras: "Queridos amigos, esto no es lo que habíamos soñado. Acabo de entrevistar a un compañero con cargo de Comisario, y el cargo parece haberle subido a la cabeza. Otro, también Comisario, que fué desertor en el antiguo régimen, me ha enseñado treinta o cuarenta fotos con su traje flamante de Comisario. A este paso, queridos amigos, las cosas no irán como debieran".

Aparte la cantidad de caras desconocidas, nos atrevimos a saludar el viejo Buenacasa, que estaba al frente de la Escuela de Militantes, el cual nos preguntó en qué actividad prestábamos nuestros servicios. Aburridos de contemplar el espectáculo de aquella casa que ya nos iba pareciendo extraña, le contestamos a Buenacasa:

"En ninguna. ¿No hay por ahí una plaza de barrendero? Porque, francamente, ya nos avergonzamos de haber predicado toda nuestra vida el advenimiento de la revolución liberadora y, aparte las innegables actividades de los primeros días, parece ser que ya para nada servimos. Y lo que es más duro aún: parece ser que el crédito mayor para servir a la revolución sea otorgado a los niños de pecho, a los advenedizos".

Nuestra visita a la Casa Confederal nos dejó una huella de gran amargura en el alma. Nuestra fe en las ideas seguía siendo la misma, pero la confianza en que las cosas estuvieran en manos de los desconocidos, en gran mayoría, nos parecía que nada bueno podía augurar para el triunfo de nuestros sagrados ideales transformadores.

¿Enmendaremos la próxima vez? Confiamos en ello.

CARTELES DEL CAMINO

Por LUIS FELIPE VILLEGAS

Las antiguas instituciones obreras eran verdaderas cátedras de cultura para el elemento trabajador; hoy, las entidades donde se reúnen los trabajadores son centros de bailes con su correspondiente cantina, donde la juventud, si bien es verdad que ignora el valor que tiene el cerebro, sabe, en cambio, perfectamente el valor que tienen las piernas y sus anexos.

Estas y otras muchísimas causas que sería largo enumerar, son hijas legítimas de la ignorancia en que todos, por diversas razones especulativas económicas, tienen interés en mantener a los pueblos.

Y ahora, volvamos al principio. Los maestros en las escuelas se limitan a enseñar los rudimentos de nuestro idioma, dan nociones de los hechos guerreros que forman la historia de las naciones.

Para nosotros, la verdadera historia de una nación empieza en el momento en que se funda la primera escuela y se organiza la primera biblioteca.

Cuando padres y maestros estiman que el niño conoce en forma elemental estos rudimentos, lo "ubican" para que medre en un empleo o profesión, y padre y maestro olvidan completamente que ese ente tendrá que encarar la vida, tendrá que vivir en guardia para poder defenderse de la perfidia de los otros hombres.

Ese joven abandonado a su suerte, sin más amparo que su propio instinto, tendrá que ser el juguete vil en manos de los audaces de todas las capas sociales.

Todos aquellos que directa o indirectamente se encuentran en contacto con las muchedumbres ignoras, tienen el imperioso deber de mostrarles el símbolo gigante que es para la cultura aquel gran pensador que en vida fuera Diógenes.

Diógenes, luchando contra las tentaciones de Alejandro, nos muestra todo lo que significa para los hombres el poder de una sólida cultura.

Todos los explotados, en todos los órdenes de la vida, tienen el deber de buscar la Luz de la Verdad, hasta llegar a tener una clara conciencia de que en cada uno de los individuos que se mueven bajo la luz acariciante del Sol, está, en germen, en potencia, un Dios y un Rey.

Para poder darle vida y forma a este Dios y a este Rey, que sólo esperan estar animados por nuestra voluntad, es indispensable que desbrocemos nuestro cerebro y cultivemos nuestra inteligencia mediante profundas meditaciones y largos estudios, a fin de lograr una sólida cultura.

Es indispensable que todos tengan grabado en sus corazones que la cultura es la única piedra angular en que puede descansar el enorme edificio de la HUMANA LIBERTAD.

La batalla de 1936...

(Viene de la 1ª página)

llevar a cabo una labor colectiva y benéfica, de palabra clara: "¡Nosotros solos somos los más y los mejores! —afirmaban—. Hay que hacer esto o aquello, pero de acuerdo con nuestra línea de ejecución. Lo demás... es obra de los descontrolados y éstos ni cuentan ni deben contar en este caso".

¿Y qué se sabía positivamente, en América, de las colectividades campesinas? ¿Qué del desarrollo industrial, de la distribución y el consumo de alimentos y pertrechos de guerra, todo ello y mucho más puesto en manos de los trabajadores españoles? ¿Qué de las intrigas y demás zancadilleos autoritarios y retardados? Nada. Pesaban más, mucho más en la balanza, los "13 puntos del Dr. Negrán" y otros desplantes políticos, militares y estatales por el estilo que las conquistas revolucionarias. Y cuando el desastre se hizo inevitable y se produjo, y las esperanzas se agotaron, todo se convirtió en críticas, en resentimientos que quedaban contenidos en la cantinela de: "si se hubiese hecho como nosotros decíamos...! Pero, ¿qué hacer? —cabía preguntar—. Porque quienes hacían y laboraban con tesón por la causa de la reivindicación del hombre en sociedad, cuantos se batían en los frentes de batalla y de la producción, ésos no contaron nunca para nada en los cálculos de la supermodernizada demagogia de los "re-

volucionarios circunstancialistas" o de ocasión.

Y todo esto lo afirmamos sin dejar de reconocer que algunos de los que sé dieron cuenta desde el principio y a tiempo de la gran transformación social que en España se estaba desarrollando —una gran mayoría de anarquistas y anarcosindicalistas, entre ellos—, realizaron esfuerzos inauditos por clarificar el ambiente. ¡Todo en vano! La mentira y la calumnia fueron tan bien aprovechadas por cuantos pretendían el aniquilamiento de unos amos para erigirse ellos mismos en su lugar, que como reguero de pólvora destruían todo tesonero esfuerzo, toda visión amplia, dejando sin efecto las mejores intenciones.

Los detalles secundarios del problema que hemos intentado reseñar a grandes rasgos, nos llevarían muy lejos, y el espacio de que disponemos no nos permite, por ahora, entrar de lleno en esos detalles, aparte de que los mismos giraron siempre alrededor del expuesto denominador común.

Por su parte, los secuaces al servicio del Fascio, fueron consecuentes con sus nefastos fines y realizaron una obra positiva en favor del sanguinario enemigo secular.

Las conclusiones generales de este lamentable asunto, las dejamos al arbitrio del estimado lector.

HA MUERTO LUIS FELIPE VILLEGAS

Tenemos el profundo sentimiento de comunicar a nuestros estimados lectores que, en los momentos de entrar ya en prensa, se nos comunica desde Chile que nuestro estimado colaborador y viejo luchador anarquista, LUIS FELIPE VILLEGAS, acaba de fallecer en un hospital de Valparaíso el pasado 28 de junio. Gran pérdida para nuestro movimiento internacional significa la desaparición de este alto pensamiento y hondo corazón humano que nos acaba de dejar. Por la premura del tiempo, nos vemos obligados a postergar para un número próximo, una reseña más extensa sobre la vida y obra —tan fructíferas— de este poeta, escritor y periodista que siempre estuvo al lado de los humildes y se dió entero en aras de la libertad y la justicia del HOMBRE.

La Redacción.

DE LA MORAL

"La moral es la regla de conducta dominante en una época dada, en un país dado, en una sociedad dada, y nosotros, en efecto, encontramos pésima la moral burguesa; pero no se puede concebir una sociedad sin una moral cualquiera ni un hombre consciente que no tenga un criterio para juzgar lo que es bueno y lo que es malo para sí mismo y para los demás. Cuando combatimos la presente sociedad, oponemos a la moral individualista de los burgueses, a la moral de lucha y de competencia, la moral de amor y de solidaridad, y tratamos de establecer instituciones que corresponden a esta concepción nuestra de las relaciones entre los hombres".

"Es preciso buscar la garantía de libertad y de desarrollo del propio yo en la solidaridad con todos los seres humanos... Pues, si nos hemos preocupado de la cuestión social, cuya solución creemos ver en la abolición del monopolio político y económico, es porque sufrimos viendo sufrir, y no podríamos ser felices sino rodeados de hombres felices. Podríamos cesar de ser anarquistas, si nos pareciese haber hallado una solución mejor, pero la fuerza que nos sostiene e impulsa sería siempre el amor a los hombres. Y este amor se siente o no se siente, no lo da la ciencia, no lo da la filosofía; pero a menudo es un sentimiento latente, que puede ser evocado y puesto en actividad, y este es el objetivo principal de la propaganda".

ERRICO MALATESTA

¿Existió realmente la colaboración GUBERNAMENTAL ANARQUISTA?

De entre los que ocuparon altos cargos durante el maremoto "circunstancialista" que a raíz del 19 de julio de 1936, pretendió conducir al anarcosindicalismo español hacia las pestilentes cloacas del colaboracionismo gubernamental y otros no menos lamentables "calles sin salida", FEDERICA MONTSENY —la que fué Ministro de Sanidad—, ha confesado, sincera y dignamente, lo que sigue: "Recuerdo que, en aquellos días de noviembre de 1936 en que tuve la desgracia de ser designada para ocupar un cargo ministerial con actividades sanitarias..." ("El Doctor Marañón", Editorial de primera página en "CNT" de Toulouse, N° 780 del 10 de abril de 1960. Lo subrayado es nuestro); otros guardan un significado silencio al respecto de su antianarquismo; los más han pasado el rubicón, abrazando, más o menos solapadamente, la causa del enemigo secular: el Estado.

En el ejercicio de su acción gubernamental, los "ministros anarquistas" no lo hicieron mejor ni peor que los demás: "el poder corrompe", se ha repetido hasta el cansancio entre nosotros. Uno de

ellos llegó a idear cosas peores que el peor de los habidos y por haber, creando unos campos de concentración, donde no dejaron sus tristes huesos los partidarios del Fascio, sino que muchos de nuestros mejores compañeros peninsulares. Otro aprovechó su paso por Educación, para perseguir a diestra y siniestra a cuanto "incontrolado" compañero se atreviese a hacerle la menor crítica por la mala traza que se daba durante su mandato: llegó a poseer piquetes especiales para su uso personal, encargados de dar el "paseo" a cuanto "censor" caía en sus manos. (Solano Palacio se le escapó en un tris, al tal "ex-compañero" ministerial).

Y así sucesivamente. Lo repetimos: "El poder corrompe". No solamente somos enemigos del poder porque ni lo tenemos ni lo queremos, sino porque en el supuesto caso de poseerlo, por su misma naturaleza represiva, habríamos de conducirnos como cualquier hijo de vecino, y actuaríamos tan malévolamente como lo han hecho y lo hacen cuantos lo han conquistado. El hombre, sin el poder en la mano, es siempre

Por PABLO BERCERO

un aliado del hombre; subido en la plataforma autoritaria o estatal, es un irreconciliable enemigo del mismo y de la Humanidad. Esta es una regla demasiado simple para que, vistos los mil y un antecedentes que la vida nos proporciona, haya quienes pretendan llamarse a engaño, y nos quieran hablar a estas alturas sobre "las magníficas obras de bien público que nosotros realizaríamos si estuviésemos en el poder". ¡Mentira! Una vez en el poder no se dan ni escusas: todo son palos, fusilazos, leyes para que medre el más gordo y represión a todo vapor para los justos anhelos de los que trabajan.

Una vez puntualizado lo anterior, nos guía la intención de levantar en parte el velo que cubre el imperdonable traspies de la C. N. T. y la F. A. I., dado precisamente a la hora de la verdad, al acudir a formar parte del Gobierno, en 1936. Y es a este respecto que debemos dejar terminantemente establecido que si tan dañino "error" tuvo lugar mientras todas las energías verdaderamente anárquicas estaban puestas en acción de guerra antifascista y de creación comunista libertaria, el mismo fué debido, sólo y exclusivamente a la acción destructiva de una camarilla ociosa y ambiciosa que pudo al fin lograr un cometido que hacía muchos años —desde los días del "treintismo" y mucho antes todavía—, pujaba por hacer realidad. La ocasión se les presentó, en medio del fragor revolucionario, y no titubearon en desnaturalizar toda conquista de avanzada social, a fin de mantenerse en sus trece, haciéndose cómplices de la más siniestra reacción contrarrevolucionaria.

Para aquellos elementos, incrustados en el seno del anarcosindicalismo español, por obra y gracia de la Masonería, y para los "neofederales" ingresados en la C. N. T. después de la rebelión facciosa, el momento de desprestigiar y aún liquidar ante el mundo a los anarquistas de Iberia, se presentó como caído del cielo. Ellos sabían que no estaban autorizados por nada ni por nadie para levantar la bandera de sus enchufes oficialistas —desde alcaldes hasta ministros—, pues tanto en los principios y finalidades, como en las tácticas, ampliamente analizadas y discutidas hasta el cansancio en los Congresos, los Plenos, reuniones y asambleas de la C. N. T. y de la F. A. I., se hallaba claramente demostrado el crimen sin nombre que cometían con su desviación estatal. Circunstancias ciertamente delicadísimas había vivido el Movimiento Libertario Español, bajo la bota militar de Primo de Rivera y otros períodos represivos, donde tantos magníficos militantes habían perdido la vida, y jamás nadie intentó formar parte de ningún gobierno, ni mucho menos dar por conveniente la posibilidad del supuesto intento. ¿Por qué entonces, cuando más oportunidades existían de poner en práctica nuestras finalidades y de realizar obras constructivas que sirvieran de ejemplo revolucionario antiestatal para el proletariado del mundo, ellos echaban mano de la rienda opresora? Todo nos induce a creer que la horrible traición venía gestándose desde mucho tiempo atrás y que el 19 de julio sólo tuvo por efecto la dolorosa eclosión en unos pocos, de aquel nefasto virus autoritario.

Por otra parte, las mencionadas camarillas, encontraron llano el camino de sus traicioneros servilismos: los militantes más conscientes y decididos no podían impedir

su odiosa tarea, ni tampoco que en su nombre y en el de sus ideas se aprovecharan para completar la obra encomendada por sus jefes, escondidos a la sombra de las logias y en otros lugares no menos sombríos. De aquellos centenares de miles de militantes que vitalizaban las organizaciones anarquistas de España, quedaban muy pocos aptos para impedir el innombrable ultraje: los más habían muerto en las barricadas y en los frentes de batalla julianos; otros permanecían aún en la primera línea de fuego, con la mirada y el pensamiento fijos en el rechazo del enemigo que atacaba de frente y sin dar cuartel, no pudiendo imaginar siquiera que allá, en la retaguardia, alguien jugaba suciamente con su heroísmo, para medrar aliándose a los eternos explotadores del hombre por el hombre; y el resto se hallaba demasiado ensimismado en su constructiva labor por la colectivización de los medios de producción y de consumo, para pensar en que una casta podrida y ducha en intrigas sin fin, les asestaba la puñalada traicionera, incluso arrastrando tras de ella a algunos excelentes militantes que, tomados por sorpresa, no supieron reaccionar a tiempo y negarse a ser pasto de tamaña ignominia organizada, planeada y ejecutada por aquellos a quienes la historia ha borrado ya

de sus anales, por infames y canallas.

He ahí, analizado a grandes rasgos, el punto de partida por donde se debe seguir el curso esclarecedor de tan malhadado suceso como lo fué el llamado "colaboracionismo gubernamental del anarquismo español" que no fué tal "colaboracionismo anarquista", puesto que quienes lo practicaron —salvo contadas excepciones, como en el caso de Federica Montseny, que aclara su confesión transcrita más arriba—, no eran anarquistas, ni mucho menos, sino apenas individuos camuflados como tales, pero que todo el mundo puede, en la actualidad, reconocer como objeto del más vil oprobio en sus posteriores actitudes estatistas y politiqueras, abiertamente sostenidas cuando ya se considera que su "misión" fué cumplida con todas las de la ley, para beneficio de sus amos sectarios. Sirva la gran experiencia de 1936-39, como un alerta para las generaciones presentes y las del porvenir, pues si otra vez el caso se presenta, no faltarán tampoco los traidores infiltrados en el seno de las corrientes más puras del humanitarismo, a los cuales será preciso hacerles frente, con inteligencia y decisión, si no se quiere que vuelvan a preparar el camino de los exterminadores contra el bienestar, la libertad y la verdadera justicia de los pueblos, en lucha por su reivindicación total.

NOTAS PARA LA VERDADERA HISTORIA

Por SOLANO PALACIO

El mes de abril de 1931, se proclamó la república en España. El pueblo en general creía que aquel sistema de gobierno, llamado democracia, es decir, Gobierno del pueblo, era superior a la monarquía que el pueblo había soportado durante muchos siglos.

Los propagandistas de la República, en sus mítines y escritos de periódicos que ellos llamaban sociales, decían que la tierra era de los que la trabajaban, junto con otras mentiras que entusiasmaron a los trabajadores que de buena fe, aún creían que los políticos eran gentes decentes.

Decían que el pueblo estaba condenado a mantener una familia de vagos, y porque un día, en la Casa del Pueblo de Madrid, dije yo que en las democracias los vagos se multiplicaban, me insultaron, llamándome monárquico, enemigo de los trabajadores.

En efecto, cuando por fin triunfaron, pusieron como presidente de aquella pandilla de vividores, a Alcalá Zamora, hombre religioso que confesaba todas las semanas, y como ministro del Interior al hijo de Maura, quien resultó más criminal que el padre.

El primer año de este gobierno fueron asesinados "ciento ochocientos trabajadores". Se aumentaron los empleados del Gobierno, se aumentaron los sueldos de los políticos en un 100 por 100; se creó el cuerpo de guardias de asalto, tanto o más criminales que los guardias civiles, a los que se les aumentó el sueldo, y a los ministros se les autorizó para la posesión de coches nacionales. A los obreros, si reclamaban sueldo o algún beneficio, se les perseguía, encarcelaba o se abría fuego de fusil contra ellos, matándolos.

Este es un ejemplo de lo que son los políticos en todas partes. El primer artículo de la CONSTITUCION de la República dice:

Artículo 1º — "España es una República democrática de trabajadores de todas clases, que se or-

ganizan en régimen de Libertad y Justicia".

Los guardias y otros bandoleros, entre los que estaban los políticos y militares, no consideraron para nada este artículo de la constitución. Pronto se creó otro que decía ser contra vagos y maleantes. No pensaron al escribir esto, que los verdaderos maleantes eran ellos.

Durante el tiempo que duró la República, se persiguió a los trabajadores, se les encarceló y se les apaleó sin compasión ninguna. Los guardias de asalto resultaron más inhumanos y bárbaros que los guardias civiles. Los gobernadores les ordenaban hacer fuego contra las manifestaciones obreras, y hasta el mismo Azaña, cuando ocurrió el caso de Casas Viejas, ordenó a los guardias de asalto que mataran a todos los campesinos, con sus últimas palabras de ordenanza: "Tiros a las barrigas".

Estos nuevos mandones, en su mayoría, salidos del pueblo, cuando estuvieron arriba, en el Poder, se sentían felices matando y persiguiendo a los mismos que los habían elevado a donde no les correspondía.

La falta de experiencia del ser humano, con frecuencia lo conduce a estos medios, contrarios a sus aspiraciones.

Los militares se preparaban para la sublevación, que terminó en la forma que todos conocemos, sin que el Gobierno se opusiera a sus aspiraciones y tratados con los países fascistas. Sanjurjo, después de su sublevación, antes de un año, tanto él como sus cómplices, estaban en libertad.

Así fué como por fin llegó la guerra civil, y España fué un campo de experimentación.

Los masones fueron los gobernantes que llevaron a España a la ruina, y los masones franceses, ingleses y norteamericanos ayudaron a los falangistas de Franco, vendiéndoles armas, entregándole las nuestras, como ocurrió en Irún, y por fin, haciéndole pres-
tamos...

GOTAS DE MIEL Y AJENJO

Por J. TATO LORENZO

Sobre el 19 de Julio español, temo escribir, para no repetir lo que otros muchos han dicho, mejor documentados, pues que han jugado su vida en la contienda heroica, mientras que yo he asistido al incendio desde lejos.

Lo que duele es que las esperanzas y los ensueños de entonces no se hayan materializado...! En gran parte se debe al no cumplir nosotros, desde afuera, los principios de la solidaridad revolucionaria. Consecuencia: que hoy hay más conventos, más iglesias, más cárceles, más explotación y opresión en España.

El destino de la humanidad ha sido bien definido por los pioneros de la anarquía en todos los tiempos. El alcanzar los beneficios de la libertad en la igualdad del bienestar de todos. Los enemigos de esta finalidad, en todos los tiempos también, fueron los explotadores y dominadores del hombre. Actualmente la humanidad está en peligro de desaparecer. Los mercenarios que emplea el Estado en el dominio de la ciencia, la técnica y el trabajo atómico y químico, siguen perfeccionando los medios destructivos.

Si se persiste, en que se puede explotar al hombre y oprimirlo en nombre de la libertad —libertad del Capital y del Estado—, hay que maldecirla y combatirla. Es una falsa libertad para realizar el mal y no el bien. Libertad de algunos para la agresión y el despotismo ejercido sobre otros. La libertad verdadera es la del hombre anárquico, que se conjuga con la libertad de todos y que no puede conciliarse con el privilegio de algunos.

Cuando llega el 19 de Julio, uno no puede substraerse a los recuerdos. De la maravillosa conducta en rebeldías del pueblo hispano, enfrentando la coalición totalitaria del mundo: la iglesia de Roma, fascismo, hitlerismo, las mesnadas salvajes norteafricanas y la hez del militarismo español, junto con la delincuencia mercenaria y voluntaria del falangismo. ¡El sacrificio de millones de vidas...!

Y, con los recuerdos de aquellos tiempos, vienen a la superficie nuestras teorías de lo que pudo hacerse en la destrucción y dar al fuego, con significado de revolución social, al paralelo de archivos económicos e instituciones bancarias, bases del legalismo de la propiedad. Y también lo mucho constructivo que se hizo, por iniciativa de los anarquistas, durante la contienda, en el campo de lo higiénico y lo cultural y hasta en el del arte; las comunas agrarias, las cooperativas industriales, etc.

Y lo que es digno de reiterar es el movimiento que lleva adelante la C. N. T., en el exilio, no afectada de disgregación, no aplastada ni vencida nunca, ni siquiera dentro de España, bajo el sistema de Franco.

SIMIENTE LIBERTARIA

Organo del Grupo Libertario "Errico Malatesta"

Año I - N° 10 Caracas, Julio de 1960 Apartado 8130
CORRESPONDENCIA Y VALORES: JUAN VERDE ODON